

# ANIMACIÓN DE LA PALABRA

La palabra y el lenguaje son un elemento constitutivo de la persona. La palabra abre al conocimiento de uno mismo y a la relación con los otros. Permite comprender, dar sentido, explicar, interpretar, memorizar y a la vez interiorizar. Y a pesar de ello, a veces la palabra puede ser alienante, manipuladora, áspera y dura cuando se pone al servicio del poder. Pero a la vez la palabra también puede ser liberadora, suave y amable cuando abre caminos de conocimiento de uno mismo, de los otros y de Dios. La palabra sólo será fecunda cuando se dé una implicación personal en aquél que la pronuncia. Dar la palabra a los chicos y chicas es en sí mismo un objetivo pedagógico y preferente de toda tarea educativa o pastoral que pretenda iniciar en la simbología bíblica. Pero el hecho de *dar la palabra a los más pequeños (4-12 años)*, no está exento de riesgo. Los educadores hemos de estar dispuestos a desarrollar: la capacidad de escucha, el intercambio, la interrogación y la pregunta incomoda, la duda, la contradicción, e incluso, el desorden o el alboroto.

Confrontar la Palabra de Dios, la Biblia, con la propia palabra y la de los niños, es aceptar:

- que no puedo controlarlo y dominarlo todo
- que he de renunciar al poder de saberlo todo
- que he de aprender a acoger con humildad aquello que me den los mismos niños con su palabra

Por otro lado, dar la palabra al niño supone:

- Retener mejor aquello que ha recibido al expresarlo con sus propias palabras
- Formular lo que ha comprendido, aquello que pone en cuestión, lo que le da alegría o lo que le inquieta.
- Confrontar su palabra personal con la de los otros y con el texto bíblico.
- Establecer conexiones entre su propia palabra y la de los otros, entre diferentes textos bíblicos
- Profundizar en la propia reflexión, afinar las respuestas e ir más allá de una lectura meramente anecdótica.
- Ayudar a memorizar, interpretar, interiorizar la Palabra bíblica que ha recibido.
- Poner al niño en relación consigo mismo y con los otros.
- Iniciar la búsqueda de sentido al descubrir nuevos horizontes de comprensión.

El animador de la palabra del grupo ha de intentar escuchar, provocar, suscitar preguntas, interrogar, a partir del texto trabajado y si es necesario, dar nuevas pistas a fin de suscitar el debate. Es bueno favorecer la reformulación por parte de los niños a fin de verificar si aquello que dice el niño o la niña corresponde con lo que realmente quiere expresar. Es bueno también evitar respuestas hechas, cerradas o dichas de memoria, como por ejemplo frases del catecismo, porque estas anulan el debate e impiden la reflexión.

El debate se ha de dirigir pero de manera suave:

- Hay que dar tiempo y acoger todas las respuestas.
- Reenviar las preguntas e interrogantes al grupo
- Provocar al grupo cuando está parado o en un atolladero.
- Ayudar a los más indecisos o tímidos, aceptando siempre las dudas.
- Establecer relaciones con otros textos para ayudar a los niños a hacer un desplazamiento en relación al texto recibido. (podemos establecer relaciones con hechos actuales).
- Ayudar a que los niños se acerquen al sentido haciendo que superen la primera fase anecdótica, sabiendo que no todos tienen el mismo ritmo. Estimular a los últimos y frenar a los primeros del grupo.
- Aceptar que los relatos tienen más de un sentido posible
- Abrir poco a poco a los niños a una lectura más simbólica, a través de las metáforas, las imágenes, invitándoles a decir de nuevo lo mismo pero con sus palabras.
- Proponer una palabra o un texto breve que los conmueva o interpele.

Para acabar no es necesario hacer ningún sermón ni ninguna conclusión. Es suficiente con un resumen de lo que se ha dicho y dejando siempre el debate abierto. El sentido de la Palabra de Dios no se agota nunca, siempre es un proceso a descubrir.